



La abuela

En ese momento sonó la puerta. Era la abuela. Entró con su propia llave, con una bolsa en una mano y una cartera en la otra. Fue rapidito hasta Miluska, porque estaba chillando.

—¿Qué pasa, mi vida? —preguntó.
—Yo no maté al pollo —dijo. —¿Qué pollo? —preguntó la abuela.

—Tu nieto ha salido a ti —dijo mi padre—, ha criado a un pollo en la azotea y parece que Miluska lo ha matado.

—Yo no lo maté —aulló Miluska.
La abuela la abrazó.

—Mírame —le dijo la abuela—,
mírame y dime si lo hiciste o no lo
hiciste tú.

—Ella lo hizo —dije—, siempre
miente.

—Ya vez que nadie te cree porque
siempre mientes, hijita —dijo la
abuela—, pero sí es verdad, lo sabré.
Mírame a los ojos: ¿mataste tú al
pollo?

—No. Estaba muerto cuando lo
encontré, buuuu, buuuuu...

—Muy bien, te creo —dijo la
abuela.

—Susana metió al pollo en una
batea para que tu nieto creyera que se
ahogó de casualidad —dijo mi padre.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó
la abuela.

—Porqué pensé que Miluskita había tenido que ver en el asunto.

— Y quisiste protegerla —dijo la abuela—. Hija mía, la verdad siempre flota.

—Como la caca —dijo mi papá y la abuela le mandó un manazo en la cabeza.

—Calla, malcriado —dijo la abuela—, en la mesa no se dicen esas cosas.

Mi papá se sobó la mitra y sonrió.

—¿Dónde está el pollito? —preguntó la abuela.

—En la azotea —dije—. La escena del crimen está tal cual.

—Bueno, vamos a ver a la víctima. Vamos todos, esto tiene que aclararse —dijo mi abuela.

—Mamá, estamos comiendo —protestó mi padre.



– Hija mía, la verdad siempre flota.

—Te eduqué para que seas abogado, una niña está acusada de un delito que dice que no cometió, ¿no te interesa la justicia? —preguntó la abuela.

—Sí, pero hoy es sábado —dijo mi padre.

—Vamos —ordenó la abuela y en tropa la seguimos.

Cuando estuvimos en la azotea la abuela examinó la jaula, luego el cuerpo de Humberto que mamá había envuelto en un pañuelo y había puesto al lado de la batea.

—¿Cuándo lo compraron? —preguntó la abuela.

—El sábado pasado —respondí.

—Siete días, hummmm... ¿Y le han dado de comer ese maizazo? —la abuela cogió el platito donde yo le ponía su comida.

—Sí —dije.

—Estos pollitos son muy delicados, pues, hijito. Este maizazo es muy grande. I-a jaula está muy abierta, en la noche debe de haberse pelado de frío. ¿Cuándo limpiaste la jaula?

—Hace tres días —dije—, es que no ensucia mucho.

—No como tus pollos —dijo mi papá— que cagaban toda la azotea y no me dejaban vivir tranquilo.

—Calla, tú. Qué rico te comías tu ají de gallina, ¿no?

—Ah, sí, bueno, eso sí —dijo mi padre.

—Hummm —hizo la abuela palpando al pollo—. ¿Alguien lo oyó piar hoy?

Nadie contestó. Yo no lo había visto desde la tarde anterior, cuando le di su última porción de maíz.

—Pues entonces está claro —dijo la abuela—, el pollo murió porque nadie

me preguntó cómo se cría un pollo. Miren el buche de este animal, está hinchado. No es que fuera muy limpio, es que estaba estreñado, el pobre. Debe haber tenido una infección de los mil diablos. Y además, esta jaulaza, toda abierta. Los pollitos tienen frío.

—Y hacen pío, pío, pío, cuando tienen hambre, cuando tienen frío — dijo mi papá.

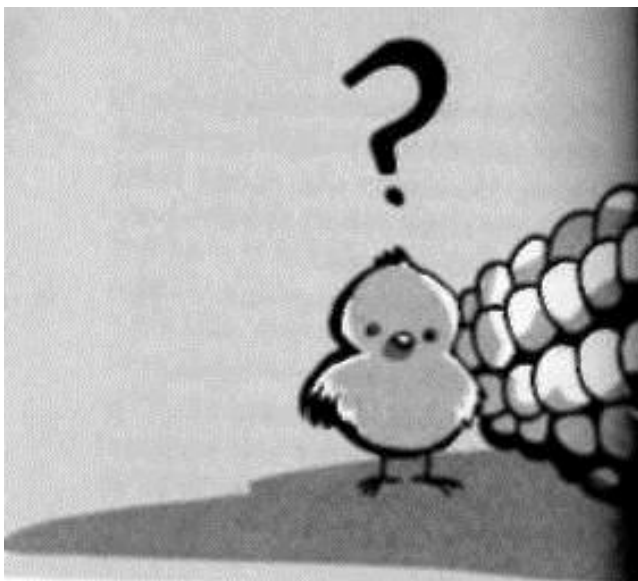
—Cállate tú, oye, qué pesado... — dijo mi abuela.

—Entonces, mamá detective, dinos lo que ha pasado — dijo papá.

—El pollito murió de frío y de estreñimiento. Miluska no lo mató.

—¡Ya ven! Yo no fui — dijo mi prima.

—Debe de haber muerto en la madrugada o en la mañana. Cuando Miluska lo iba a sacar de la jaula, no lo hizo porque estaba muerto.

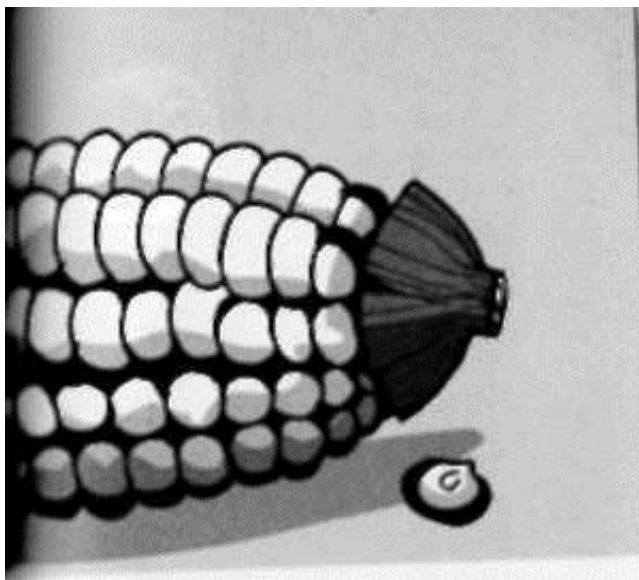


—Sí, lo encontré ahí tiradito —dijo mi prima.

—Tu mamá —me dijo— creyó que Miluska lo había matado y por eso fingió un accidente, para que no te enojaras con tu prima.

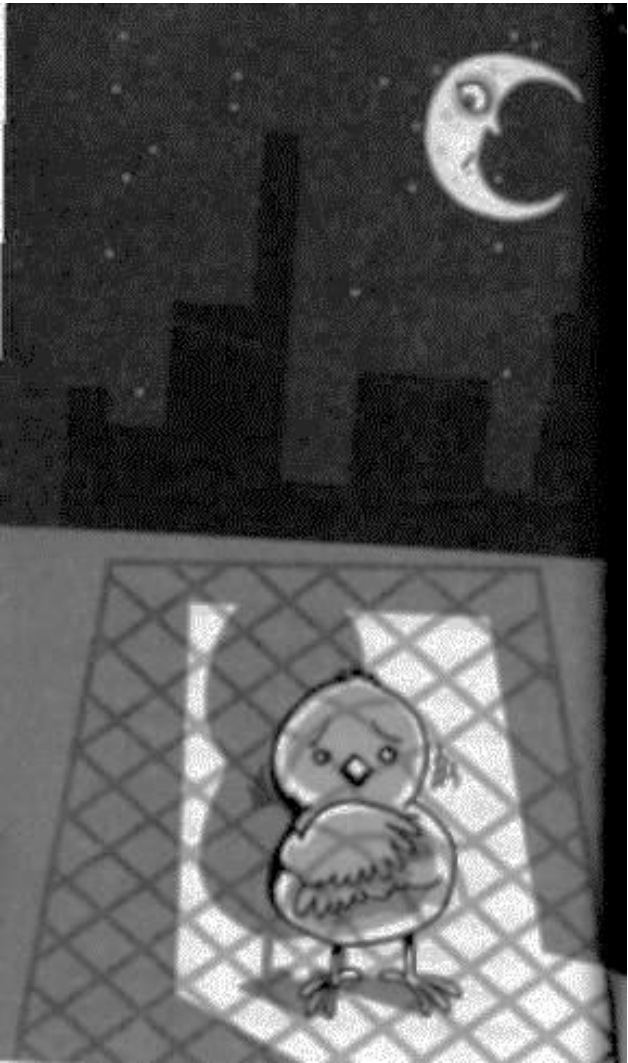
—Pues entonces el caso está cerrado. Miluska es inocente —dijo mi padre.

—Ya les dije... —agregó el Demonio.



– Vamos, hijo, ya pasó –dijo mi padre.

Las palabras de mi abuela retumbaron en mi cabeza: "Murió porque no me preguntaron cómo se cría a un pollo". Y luego fue como si volviera a escuchar a mi padre una semana atrás cuando me dijo: "Todo privilegio comporta una responsabilidad".



–Y hacen pío, pío, pío, cuando tienen hambre, cuando tienen frío

Mientras bajábamos las escaleras, le dije a mi papá:

—Humberto estaba a mi cargo. No supe cuidarlo y por eso murió.

—Es cieno, hijo, para hallar al culpable solamente tenías que mirarte al espejo. ¿Te pone triste?

—No sé. Era solo un pollito. Pero, no sé, me hace pensar.

—Pensar, pensar, pensar, hijo, uno comienza a pensar de niño y cuando eres grande, cuando ya no quieres pensar, te juegas un fulbito.

—¿Con medias viejas?

—Claro, hijo, así tiene que ser.



El misterio del pollo en la batea

Torre de Papel
GRUPO
EDITORIAL
norma

Once de la mañana. Azotea de la casa de Rafael. Su pollo es encontrado muerto dentro de una batea. La mamá asegura que fue un accidente. Rafael duda pero, al observar con detalle la escena, llega a una conclusión: Humberto, el pollo, ha sido asesinado. Rafael decide buscar al culpable, el problema es que los principales sospechosos son su papá, su mamá, su prima Demonio y la secretaria del hogar, Lutzgarda. Cualquiera de ellos pudo cometer el crimen... La pregunta es quién lo hizo.



Javier Arévalo

(Lima, 1965). Destacado escritor de su generación, ha publicado con el Grupo Editorial Norma la novela *Él cazaba halcones*. En 2003, fue miembro de la Comisión para el cambio del aprendizaje de Lengua y Literatura a todo nivel, del Ministerio de Educación y en 2006, diseñó el Plan Lector Nacional que ha fijado una meta nacional de lectura para alumnos y maestros

CC 28012340

ISBN 978-9972-09-005-9



www.librerianorma.com

A partir de los 7 años